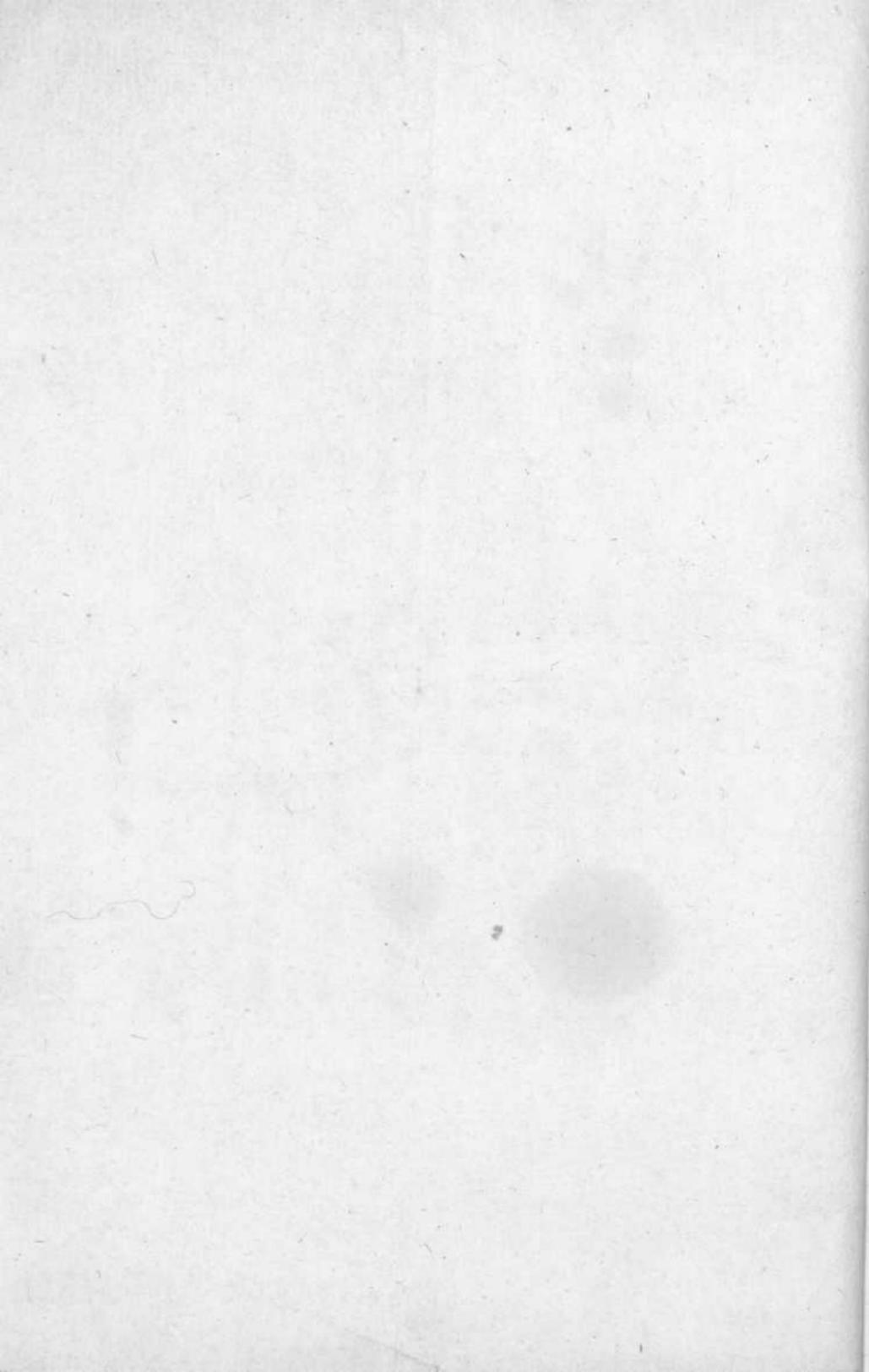


La
renegada
de
Valladolid

f. 1135919
c.

16
1001





LA RENEGADA DE VALLADOLID.

Relacion de una muger natural de Valladolid, que siendo cautiva negó la ley de Ntro. Señor, y se casó con un moro donde estuvo 26 años, y como cautiva-ron á un clérigo hermano suyo el cual la sirvió tres años, de esclavo sin co- nocerse: al cabo se conocieron por ciertas preguntas; el arrepentimiento de la renegada, y como fueron á Roma á reconciliarse con el Padre Santo.

PRIMERA PARTE.

En Valladolid vivía una dama muy hermosa, y su padre la tenía bien ataviada y honrosa. Este tenía un hermano en gramática sapiente, aunque jóven, buen cristiano siervo del Omnipotente. A Valladolid llegó de pasó para Turquía, un capitan que eligió, nuestro Rey para Bujía. El capitan se hospedó enfrente de la doncella, y al instante que la vió se encendió en amores de ella. El capitan la enviaba muchos villetes y cosas, y tambien la presentaba ropas y joyas preciosas. La doncella le rogaba que en tal cosa no pensase,

y mucho le suplicó que la puerta no rondase. Que es doncella muy honrada, de buena linea y parientes, que seria murmurada, y afrentada de las gentes. El capitan encendido con tan hermosa doncella, prometió ser su marido y de casarse con ella. La doncella consintió, con tal que con ella case: una noche la sacó, sin que nadie lo pensase. A Bujía la llevó gozando de su hermosura; mas presto los derribó la fortuna sin ventura. Y es que los moros entraron en Bujía con presteza, y entre los presos hallaron esta dama de lindeza.

Y como el Bajá la vió
hermosa y compuesta,
para si la reservó
como la vió tan honesta.
Metiéndola luego en el mar
y á su tierra la llevó,
y antes de desembarcar
de amores la requirió.
Y no la pudo vencer
por mas que la importunaba,
diciendo: no me has de ofender
aunque yo sea tu esclava.
Basta mi terrible pena
y larguísima prision
sugeta á vuestra cadena
y ausente de mi nacion.
El moro la regalaba
dándole buenas comidas,
y de amores la trataba
con palabras muy sentidas.
Dijo un dia que negase
á Cristo Santo, Agnus Dei,
y que con él se casase,
pues era buena su ley.
Que mas vale que reciba
la religion mahometána,
que no verse así cautiva
y sugeta en tierra estraña.
Con juventud y riqueza
renegó de aquel tesoro
de Jesus Suprema Alteza,
y se casó con el moro.
Veinte y seis años estuvo
metida en la mala secta;
del moro dos hijos hubo,
como infernal mahometa.
Estaba tan apartada
de Cristo y de sus tesoros,
como si fuera engendrada
y nacida en tierra de moros.
Como el Señor Soberano
sé puso en la cruz por todos,
un sacerdote su hermano,
le envió por ciertos modos.
Y es que el clérigo venia
de Roma de negociacion
con otros en compañía,
y se puso á navegar.
Diez galeras le salieron
de moros por buena cuenta,

el navio les rindieron
y cautivaron noventa.
El clérigo fué llevado
de la fuerza á Modon
y fué puesto en el mercado,
donde se vendió á pregon.
El marido de su hermana
que era su cuñado el moro,
le compró aquella mañana
y pagó cien cequies de oro.
El moro no conoció
el esclavo que compraba,
y á su muger lo llevó
sin saber lo que llevaba.
Habiendo Jesus juntado
los dos que bien se querian,
hartas veces se han hablado,
pero no se conocian.
Ni ella conocia á él,
ni él tampoco á su hermana;
dabale vida cruel
como propia renegada.
Tres años y algunos dias
sirvió el clérigo á su hermana,
hasta que el sacro Mesias
les abrió la senda llana.
Y es que el clérigo con celo,
á la Virgen cada dia
le rezaba por consuelo
su rosario en alegría.
Todas las noches estaba
tres horas justas, cabales,
y con devocion rezaba
los salmos penitenciales.
Una noche le acechaba
la hermana por ver qué hacia,
y reparó como oraba
á la gloriosa Maria.
Con entrañable deseo
le dice: ¿de donde eres?
responde, no estás turbado,
¿tienes en tu tierra haberes?
que si los tienes y quieres
bien puedes ser rescatado.
¿Eres casado, mezquino?
¿tienes hijo ó muger?
Respondió: con Dios divino
soy desposado indigno,
y en él pongo mi querer,
y la sagrada Maria

es mi esposa y abogada.
 La renegada decia
 poniendose incomodada,
 quitate de esa porfia,
 que tu ley no vale nada.
 El buen clérigo calló,
 y otra vez la preguntaba,
 que cual oficio aprendió,
 y de donde era; de España
 respondia muy puntual
 no con placer ni con risa;
 es mi oficio celestial,
 soy sacerdote de misa
 cada vez que misa digo
 se baja Dios á mis manos;
 es el sustento y abrigo
 de los leales Cristianos.
 Dijole: ese tu oficio
 en tu tierra es muy tenido,
 oficio que quita vicio
 de oficios el mas subido.
 Razon tienes de alabarlo
 y tambien sabrás ahora
 que no volverás á usarlo
 si no hay quien te socorra.
 ¿En qué villa ó qué lugar,
 ó en que tierra te has criado.
 no me niegues la verdad.
 Respondió con humildad:
 dejame, ¡triste de mí!
 con mi pena y mi prision,
 que no se donde nací,
 dejame por el Señor.
 No me lo quieras negar:
 dílo ahora por mi amor,
 que aunque me ves aqui ahora
 cautiva, en Valladolid
 he sido rica señora.
 Y como el clérigo oyó
 su buena tierra nombrar
 las sus mejillas regó
 y principia á suspirar
 diciendo: has redoblado
 mi dolor grave y crecido
 que la tierra que has nombrado
 es do fuy cirado y nacido.
 Comenzé á consolarle
 y aplicar su llanto y lid,
 y preguntarle en que calle
 vivia en Valladolid.

Respondió con gran dolor,
 con afliccion y zozobra:
 vive mi padre y señor
 en la calle de la Obra.
 ¿Conoces á lo Rosales,
 gente rica y principal?
 Dijo ya doblas mis males;
 esos son mis tios carnales,
 y no saben de mi mal.
 La renegada, que oyó
 las buenas señas que daba,
 al hermano conoció,
 y aun lo disimuló,
 el corazon lo Moraba.
 No hay contento que le cuadre
 mas que ver su buen hermano,
 y dijole: di, ¿tu padre
 como se llama, y tu madre?
 y tu nombre dime llano.
 Llamase Juan de Acebedo
 el mi buen padre y señor,
 y mi madre Leonor,
 por apellido Salcedo;
 y yo me llamo Melchor.
 Una hermana has de tener
 harto galana y hermosa;
 di, Melchor, ¿qué se fué á hacer?
 ¿es casada ó religiosa?
 El clérigo respondió
 diciendo: fuese perdida;
 no sabe quien la llevó
 ni á que provincia fué ida.
 La hermana se desmayó
 recordando su maldad,
 pero el hermano creyó
 fuese alguna enfermedad.
 El moro no estaba allí,
 que con sus hijos fué á caza
 y vuelta ella en sí
 á su buen hermano abraza,
 y suspirando decia:
 abraza á la desdichada
 Agueda de Acebedo,
 la perdida y desastrada;
 yo soy tu hermana que estaba
 para monja religiosa;
 ¡oh buen Jesus! tú me labas
 que estoy de cieno lodosa:
 mi Dios, dame tú concordia,
 acógeme á tu rebaño:

mas es tu misericordia
que mi pestifero daño.
Veinte y seis años cabales
¡oh mi Dios! que te negué,
y los bienes temporales
á mi alma encenagué.
Las ropas de terciopelo,
y de muy fino damasco,
les arrastra por el suelo:
y al mundo le pone asco.
La obeja que era perdida
ya se vuelve al buen Pastor;
la duele la gran caída
y la ofensa del Señor.
Decia: Rey eternal,
yo te bendigo y alabo,
que por restaurar mi mal
mi propio hermano me envias;
y fué para que entendiese
mi alma iba perdida,
y á tí, mi Dios, me volviese
á gustar tu pan de vida.
El clérigo como vió
que era su hermana carnal,
á Dios muchas gracias dió,
y de rodillas se hincó
diciendo: Dios eternal;
pues tomaste carne humana,
por todos los pecadores,
Señor perdon á mi hermana,
Asi mismo confortaba
á su hermana y la reñia
que con un canto se daba,
el pecho se lastimaba,
y de si no se dolia.
Llorando decia: ¿donde
iré á publicar mis pecados?
Mi buen Jesus, perdónarme
mis grandes yerros pasados.
Mi ánima pecadora,
presento Dios en tus manos,
y la Virgen mi Señora,
sea mi guarda y guiadora.
Decidme Virgen Maria;
¿Cuándo cobraré el salario
que antes ganar yo solia
rezando vuestro rosario?
El dia que yo rezaba
ganaba por mil tesoros,
mi alma se consolaba,

y ahora la tengo esclava,
cautiva en tierra de moros.
Quiso Dios que fue elegido,
muy lejos de aquella tierra,
por capitan su marido:
para ir á cierta guerra;
sus hijos llevó consigo,
que eran ya de buena edad.
Permitió su Megestad
que un hijo de mercader
que estaba en cautividad,
vinieronle á rescatar,
y la dueña tuvo modo
para poderle hablar,
y dióle para sacar
pasaporte para todos.
Los cuatro juntos se fueron
hasta la Ciudad de Roma,
y perseguidos no fueron
de la gente de Mahoma.
Estando en Roma decia
ante el Papa y humillada:
¡Oh padre espiritual,
sáname que estoy dañada!
Pues que estoy á tu presencia:
óyeme, Pastor sagrado
y dadme la penitencia
conforme á mi gran pecado.
Que si Dios me castigara,
conforme á mi gran error,
no es nada aunque me quemase
en vivas llamas de ardor.
La dama se confesó
y arrepentida de veras,
el Redentor la libró
de las infernales penas.
Plegue á Jesucristo, hermanos,
que lavemos la conciencia,
sirviendo como cristianos
á la suma Omnipotencia,
Y aqui el poeta humillado,
en la otra parte promete,
con el auxilio divino
decir el fin penitente
de esta inclita matrona,
de Valladolid decendiente;
y de sus amados hijos,
convertidos ciertamente
á nuestra religion santa,
por sus lágrimas prudentes.

SEGUNDA PARTE.

Dáse cuenta de la santa penitencia que hizo la renegada, y como convirtió á dos hijos sin conocer estos á su madre.

Dios Padre Rey sempiterno,
sea quien siempre me ampare,
Dios Hijo me de gobierno,
y el santo Espiritu eterno
ponga luz donde faltáre.
Quien la paz y vencimiento
hizo al mundo por victoria,
aviven mi entendimiento,
mi lengua gracia y alimento,
mi pluma y mi memoria.
Con su ayuda singular
estaré seguro y cierto
que podré bien navegar,
y con seguridad entrar
por la barra estrecho al puerto.
Tiempo es ya que nos quitemos
del vicio malo y pendiente
pues con vicios nos perdemos,
y nuevo ejemplo tenemos
de una muger penitente.
En Valladolid nacida
fue esta bienaventurada,
y por enmendar su vida
es de Jesucristo amada.
Vereis que por la riqueza
y vicios, negó al Señor,
y con cuánta fortaleza
torna á buscar su Pastor.
Vereis á la que vestia
sedas de finos colores
y en rica cama dormia
de suavísimos olores;
como recuerda del sueño
y procura nueva luz,
buscar su perfecto dueño
que murió por ella en cruz.
Vereis como el mundo olvida,
hijos, marido y hacienda
y buscando el pan de vida,
con propósito de enmienda.
Vereis quien sirvió á Mahoma
veinte y seis años cabales
que se viene para Roma

por penitenciar sus males.
Vereis quien vivido habia
tantos años al revés,
como descalza venia
corriendo sangre los pies.
Vereis quien se regalaba
con buenas conservas finas,
que con yervas sé pasaba,
y con las duras espinas.
Vereis que como se vió
en Roma puerto seguro,
la tierra santa besó
con entrañable amor puro.
Y como en san Pedro entrara
gimiendo su gran error,
que de vergüenza no osaba
mirar al altar mayor.
Su boca en tierra pegó,
y suspirando entre sí,
á Jesus perdon pidió
sin levantarse de allí.
Por la fiesta celebrada
de María Magdalena
fué del Papa perdonada
esta muger santa y buena.
Y despues de recibir
á Jesus Rey soberano,
se fue luego á despedir
del sacerdote su hermano;
dijo la hermana prudente,
yo ruego á mi Dios hermano,
que me limpie en la fuente,
que dá salud al cristiano.
Los dias que trasladados
me dió por su gran clemencia
quiero que sean gastados
en ayuno y penitencia,
He menester prontamente
arrojar de mí la carga
pues esta vida presente
es breve y la otro larga.
El sacerdote sentia
con grande pena y pesar,

que su hermana no quería
 volver al país natal.
 Pues sabes tú que es famoso
 Valladolid, y cumplida,
 de todo bien abundosa,
 es sobre todas escogida.
 Ella dijo, no se apleca
 con el deleite mi pena,
 sin gustar de la triaca
 con que sanó Magdalena.
 Mi intento es habitar
 por el aspero desierto,
 y este mi cuerpo purgar
 el mal que tiene encubierto.
 Al tiempo de despedirse
 vieras la lamentacion,
 el abrazarse y decirse
 palabras de esclamacion.
 El clérigo procuró
 luego bagel en el puerto,
 y la hermana se partió
 hara el árido desierto.
 Veinte y una legua fué
 de Roma al monte Arsiano:
 do padeció hambre y sed
 por Jesus Rey Soberano.
 Por la mayor espesura
 inhabitable se entró
 por do humana criatura
 jamás pasó ni habitó.
 El vestido se quitaba,
 que se le hacia enfadoso,
 tanto que no cobijaba
 mas del lugar vergonzoso.
 Este vestido tenia
 guardado en cierto lugar
 y solo se lo ponía
 cuando iba á comulgar.
 Su cuerpo continuo andaba
 sujeto al frio y al viento,
 y con yervas se pasaba
 sin tener otro sustento.
 En las rodillas tenia
 callos de tanto orar,
 y las espaldas traía
 abierta de se azotar:
 los ojos tenia hundidos,
 sus labios muy desecados,
 y los pies antes pulidos,
 abiertos y ensangrentados.

La Semana Santa entraba
 en Roma con humildad,
 y sus vestidos llevaba
 solo por la honestidad.
 Luego al desierto tornaba
 toda deshecha en sollozos,
 y sin cesar recordaba
 los hijos que dejó moros.
 Que como vió que quedaron
 mozos sin entendimiento
 ni Fé que no alcanzaron
 tenia mucho tormento.
 Y puestas ambas sus manos
 rogó á Dios que en la cruz
 padeció por los humanos,
 los convirtiese á su luz.
 Rindióla el sueño, y oyó:
 vé por tus hijos queridos
 que por Dios que los crió
 serán muy favorecidos.
 De enemigos malingos
 no te vereis perseguida,
 ni allí serás conocida
 de tus hijos y vecinos.
 Cuando el sueño recordó,
 del desierto se salía,
 que es donde penitenció
 ocho años con porfia.
 Con lágrimas se despide
 del desierto do habitaba,
 pidiendole á Dios no la olvide
 pues á él se encomendaba.
 Seiscientas leguas anduvo
 padeciendo hambre y sed,
 para que sus hijos turcos
 se inclinasen á la Fé.
 Como Dios quiso que viera
 sus dos hijos deseados,
 llorando entre si dijera:
 ¡quien os viera bautizados!
 Como en casa entrar los vió
 la madre noble y prudente,
 de limosna les pidió,
 diciendo humildemente:
 caballeros, consolad
 á esta necesitada;
 así os consuele Alá
 vuestra madre desdichada.
 El mayor que lo entendió,
 la preguntó, ¿y tú viste

algun tiempo ó conociste
 la made que nos pario?
 Ella dijo: bien la ví
 y os podre dar nuevas de ella;
 pues mejor la conocí
 que no vosotros á ella.
 Los dos hermanos lloraron
 oyendo su madre nombrar
 y en un retrete se entraron,
 dónde la hicieron sentar.
 En medio de ellos tenian
 la que tanto han deseado
 pero no la conocian
 como se ha desemejado.
 Dijeron con pena triste:
 la madre que nos parió,
 ¿cuánto habrá que la viste
 despues que de aquí partió?
 Dijo: yo la conocí
 desde que era muy niña,
 y juntas de Valladolid,
 salimos en igual dia.
 Cuando vino á Bujía,
 la servi y acompañé,
 y cuando ella fué cautiva,
 yo en cautividad entré.
 Y el dia que se casó
 con Alifach vuestro padre,
 en las fiestas comí yo
 al harem de vuesta madre.
 En los partos de vosotros
 siempre á llamar me enviaba
 y aun harta pena me daba
 los sus dolores penosos.
 Muchas veces os limpié,
 porque parida yo estaba,
 y os prometo por mi fé
 que mi propia leche os daba.
 Dicen en llanto bañados;
 madre, pues que nos paristeis,
 ¿porqué causa aborrecisteis
 estos hijos desdichados?
 si por nuestras ley nos echas
 de tu seno madre nuestra,
 desde ahora la abjuramos,
 y abrazaremos la vuestra,
 ¿por qué causa olvidais
 á quien con dolor paríteis?
 ¿siquiera no os acordais
 que en el vientre nos trajisteis?

Y si quisisteis mancharos
 por tomar el cristianismo,
 pudisteis luego llamarnos,
 porque hicieramos lo mismo.
 A once esclavos que venian
 del campo de trabajar,
 los dos hermanos decian
 que se fuesen á cenar.
 Harto hacia y porfiaba
 la madre en disimular,
 tanto, que tambien lloraba
 viendo á sus hijos llorar.
 Tornáronla á preguntar
 si de su madre sabia,
 y ella dijo: os quiero dar
 mas nuevas de alegría.
 No esteis tan apasionados,
 que en sosegando la casa
 os contaré mis amados,
 toda la verdad que pasa.
 Muy buena cena tenian,
 mas no hay manjar que les cuadre,
 que solo el deseo tenian,
 de saber ya de su madre.
 Como cenar no pudiesen
 de pena su madre y ellos,
 mandaron que se la hiciese
 una cama junto á ellos.
 Como no era acostumbrada
 dormir en lienzo delgado,
 no quiso la madre honrada
 mas de un cabezal doblado.
 Despues de encomendarse
 á Dios, que es su primer Padre,
 á sus hijos fué á dar
 nuevas de su buena madre,
 diciendo: no tengais pena
 ni sintais affligimiento,
 que vuestra madre está buena,
 de tanta riqueza llena,
 que no hay número ni cuento.
 En Roma la vi muy buena,
 firme en la divina Fé,
 que en esta santa cuaresma
 con ella estuve y hablé
 no comia ni bebia,
 sino que siempre lloraba
 á dos hijos que tenia
 en Turquía, y los amaba.
 Con el cruel llanto que hacia

la supliqué os escribiese:
 y que por cierto tuviese
 en que la carta os daría.
 Después que la desdoblaron
 y la letra conocieron,
 muchas veces la besaron;
 del contento que tuvieron
 la leen sin cesar
 y á la muger la decían
 de qué manera podrían
 seguros en Roma entrar.
 Dijo la madre: temed
 los esclavos que tenéis
 y á otros cuatro comprad
 que es menester los habéis.
 Al punto nos partiremos
 viendo la noche cerrar,
 y un bergantín hallaremos
 de estos que van á pescar.
 El su consejo afirmaron
 por bueno, secretamente
 á cuatro esclavos compraron
 gente moza y diligente.
 Todos fueron avisados
 de su bien y libertad,
 y así una noche cargados
 marcharon con gravedad.
 De ocho barcos hallaron,
 un bergantín excelente,
 y sin rumor se embarcaron
 todos veinte prontamente.
 Tanta ventura tuvieron,
 que por su buen navegar
 en treinta y seis días fueron
 á Roma á desembarcar;
 y siendo desembarcados
 la buena muger habló
 diciendo: hijos amados,
 veis aquí á quien os parió.
 Abrazadme, veisme aquí,
 no esteis embelesados,
 que yo soy la que os parí
 y con mi leche fuisteis criados.
 Yo soy quien siempre he rogado
 á Dios nuestro Redentor
 que os pusiese en tal estado
 de fé que ahora os veo yo.
 Maravillados estaban

de lo que la madre habló
 ambos hijos la miraban
 si fuese su madre ó no.
 Hermano, dijo el mayor
 si es nuestra madre piados
 en los pechos como yo
 ha de tener una rosa.
 Los hijos la descubrieron,
 y como la rosa hallaron
 con mucho amor la abrazaron
 como que la conocieron.
 Los llantos quiero dejar
 que entonces se renovaron,
 y así quiero declarar
 de cómo se bantizaron.
 Como el Papa conoció
 ser firme y bueno su intent
 bautismo les concedió
 con gran placer y contento.
 Al Papa los pies besaron,
 y entre él y los prelad
 de limosna les juntaron
 más de veinte mil ducados.
 En santa Clara se entró
 la madre, segun es cierto
 que de cansada enfermó
 con lo que pasó al desierto.
 Queriéndola Dios llevar
 á su celeste mansion,
 mandó á sus hijos llamar,
 y les dió su bendicion.
 Ellos besaron su mano,
 con amor los abrazó,
 y mucho les encargó
 que fuesen buenos cristianos.
 Noche propia que nació
 nuestro Redentor glorioso,
 su ánima presentó
 á Jesucristo piadoso.
 Un olor que confortaba
 del cuerpo santo salía,
 y su vida revelaba
 á quien su confesion oía.
 De donde habemos sacado
 esta dolorosa historia,
 en que ejemplo hemos tomado,
 y por ella caminemos
 á la perdurable gloria.

